

Señales

Francisco Javier
Diez de Revenga

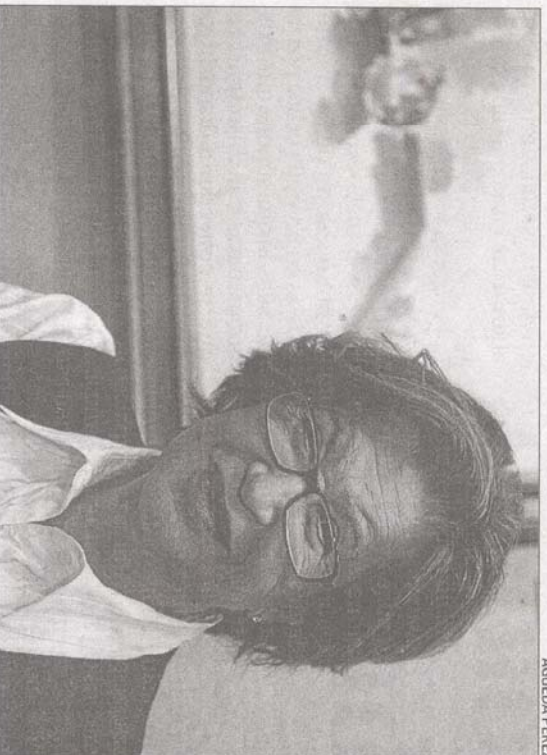


■ Tras seis años de silencio poético, Dionisia García acaba de publicar, en Sevilla (Renacimiento), *Señales*, su duodécimo libro de poemas, en el que confirma la inteligencia y calidad de su ya nutrida trayectoria poética. Y, de nuevo, como ha ocurrido con sus libros anteriores, hay que advertir que, aun siendo muy fiel a sí misma, a su inconfundible sello personal, a su peculiar estilo, incorpora interesantes novedades de contenido muy intenso, por lo que podemos decir que su lírica se renueva y se regenera en este *Señales*, de tan enigmático título. Aunque hay que asegurar que, tras lectura entretenida, el tal título se descifra, y queda, como escribiera Salinas, «todo más claro». Las señales son los signos y los avisos que nos informan de que algo puede suceder o acontecer en un futuro inmediato.

Recuperamos en esta nueva entrega poética a la autora comprometida con la vida y con el mundo contemporáneo, con la vida que es posible evocar entre dichas y gozos,

y con el mundo de hoy, tan detestable y censurable. Porque, en esta ocasión, Dionisia profundiza en una poesía moral, en una literatura ética, que ya se anuncia en el poema obertura o prólogo que abre la sólida estructura del libro, y que afirma la inutilidad de la tristeza. Es el poema de la celebración de la vida, que supera el dolor, la tristeza y el llanto, en la naturaleza floreciente y hermosa, en el amor y en la convivencia con los demás. Es prólogo, en efecto, este poema de un libro muy sabiamente construido, ya que, tras él, los cuarenta y ocho poemas siguientes se ordenan en dos secciones de veinticuatro: la primera, titulada con admirable y muy significativo oxímoron, *Sinfonías quebradas*. La segunda, titulada no menos reveladoramente *Archivo inédito*. Un último poema, situado en epílogo, completa las cincuenta composiciones del libro, sabiamente ordenado.

En la primera parte domina la ética de la palabra, y se abre la sección con un poema metapoético, en el que la poesía redime y muestra su condición de duradera, como una especie de legado que perdura. Por lo menos es lo que ella de-



Dionisia García.

AGUEDA PÉREZ

sea, en un contexto en el que no hay contrarios que afligjan. Pero, enseñada, como había hecho en libros anteriores, se suceden las visiones censuradas de la realidad citundante y no sólo se evocan los sinsabores, los enemigos de siempre, que diría Jorge Guillén, sino que se denuncian y censuran injusticias y atropellos. Y vuelven a aparecer motivos de alta classicidad, las *lacrimae rerum* del gran Virgilio o el angustiado *ubi sunt*. Y, del mismo modo, se sucede la denuncia del exterminio, como en el poema *Los zapatos*, con Auschwitz como escenario; o el poema *Cercos*, donde se delata el mundo cercado,

el mundo de impedimentos, prohibiciones y fronteras y de alambres de espinos; o, desde una vertiente de renovada poesía social, en esta tampa rural neorrealista, se denuncia el injusto trabajo de unos aceituñeros desamparados en un frío invierno, en *Primer trabajo*. Y cuando la injusticia es muy grande, permanece el consuelo de que «de su pasar no quedará memoria / ni tampoco vestigio de estos versos».

En la segunda parte, Dionisia, en la misma línea de recuperación del tiempo y del gozo de la naturaleza, rescata materiales de archivo que han permanecido inéditos, como parece sugerir el título de este segundo sector, nutrido por el paso del tiempo y la memoria. Aunque aquí, los que dominan son los seres que comparecen y que, antes que nosotros, en el mundo estuvieron, aquellos por los que la escritora se pregunta, desde el maestro Horacio, tan ético, tan clásico, tan censor, hasta criaturas que escribieron y que dieron su vida en sacrificio mientras sus versos permanecen indelebles entre nosotros: Osip Maldelstam, que murió cautivo en la fría Rusia de Stalin; o Walter Benjamin, que perdió su vida en un otoño español de posguerra, en Port Bou, cuando huía de los nazis; o el joven Serguei Esenin y la inolvidable Sylvia Plath, cuyos suicidios segaron vidas creadoras que ahora viven en la leyenda. Y, por qué no, García Lorca, evocado en su «trayecto amargo», que mantiene viva la llama de su fuerza poética, mientras en otro poema oímos la inolvidable voz de Édith Piaf...

Un poema, titulado *La misma melodía* nos da la clave de estas *Señales*: el mar sigue batiendo la orilla, siempre el mismo, siempre distinto, sin que podamos entender por qué, triunfando sobre el tiempo, que también tiene en este libro estancias para recordar. En definitiva, una excelente nueva entrega poética, que confirma la calidad y la nobleza de una escritora singular.